



Las puertas de la vida.

—¡ Dadme vino!
 —¡ Canta, Dolores!
 —¡ Recita versos, poeta!
 —¡ Dejad al poeta! ¡ He visto temblar sus labios y humedecerse sus ojos!
 —¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja!.....
 —¡ Poeta, tú sientes!
 —¡ Tú lloras!
 —¡ Tú tienes alma! ¡ No eres digno de estar con nosotros!
 —¡ Bebe, poeta! ¡ Las penas se ahogan con vino!
 —¡ Bebe! ¡ bebe!—repitió á coro la concurrencia con estrepitosas carcajadas, rodeando al poeta, que se habia reclinado sobre la mesa, hundiendo la frente entre las manos.

El poeta levantó la pálida frente, orlada de rizos de oro, lrguióse de un salto, volcando la copa de espumoso *champagne* sobre la falda de raso de la desmelenada bacante que se la ofrecía, y amenazando á los comensales con los puños crispados, gritó trémulo de coraje:

—¡ Dejadme todos! ¡ Imbéciles!
 Y haciendo un gesto de soberano desprecio, se alejó de allí, crispados aún los puños, temblorosos los labios, centellante la mirada..
 —¡ Vuelve, Alfredo!
 —¡ Está loco!
 —¡ O borracho!
 —¡ O le habrá dado calabazas la musa!
 —¡ Ja! ¡ ja! ¡ ja!.....
 —¡ Dejadle! ¡ Dadme vino, y siga la fiesta!

Y durante largas horas continuáronse escuchando á través de la enramada del jardín de la quinta del Cisne, situada á orillas del Guadalquivir, entre bosques de naranjos y no léjos de cierta ciudad andaluza, las báquicas canciones de los comensales beodos que en aquella espléndida noche de primavera derrochaban lastimosamente el precioso tesoro del tiempo, llevando aún sobre las frentes juveniles la aurora de la vida, y en el alma la noche tenebrosa.....

Alfredo, el poeta de alma ardiente y soñadora, rostro de ángel y corazón de niño, corrompido por el vicio, abandonó la quinta triste y malhumorado, y remontando la corriente del río, caminó al acaso. Como de ordinario le acontecía, aquella noche habia sentido entre el discordo estruendo de la orgía

insoportable tedio, y miéntras los libertinos y bacantes apuraban las botellas entre lúbricos cantares, con la faz encendida y las pupilas despidiendo fulgor siniestro, su alma habia permanecido aislada, solitaria y triste... Por eso abandonó la quinta huyendo de sus compañeros de crápula, ansiando encontrar en la soledad la paz de que tan sedienta se hallaba su alma sin ventura.....

La noche era apacible y deleitosa. En las cercanas huertas, en los lindes de las heredades y en los bordes de los arroyos florecían multitud de lilas, acacias y rosales embalsamando el ambiente. El suelo se hallaba tapizado por todas partes de fina y blanca hierba y menudas florecillas silvestres; la luna llena derramaba sobre los montes y los valles su apacible y suave claridad, y en los olmos y sauces, que en aquel paraje crecían en gran número, alzaban los ruseñores su canto de ideal melancolía.....

Alfredo abandonó la margen del río, torciendo hacia la izquierda; trepó á un agreste montecillo, desde el cual se dominaba todo aquel paisaje, y sentándose sobre la blanda hierba, al pié de un grupo de enhiestos pinos, hundió su mirada en el lejano y luminoso horizonte. Era tal la hermosura y apacibilidad del paisaje, tan tibio y perfumado el ambiente y tan completa la calma augusta de aquella noche primaveral, que poco á poco fuese aquietando la tempestad de su pecho, reemplazada por un dulce y vago arrobamiento, del que nació á su vez un misterioso é indefinible anhelo de algo desconocido; afan incomprendible de goces purísimos y nunca sentidos, pero cuya existencia habia entrevisto alguna vez en sus momentos de éxtasis poéticos, como se entrevén en las quimeras de un sueño bellos paisajes de indefinidos contornos velados por fantásticos tules; rumor de voces sin palabras que en lo más íntimo del alma le narraban confusamente no sé qué maravillosas y divinas consejas; vagos presentimientos, en fin, de la otra vida, que parece que anticipan por momentos la hora mística y solemne de la ascencion del espíritu á regiones más luminosas y serenas.....

Alfredo inclinó la cabeza; ocultó el rostro entre las manos, y durante largo tiempo dejó correr por sus mejillas ardiente y silencioso lloro, sintiendo en su corazón algo parecido á la profunda nostalgia del desterrado que cierra los ojos para ver mejor con los del alma las risueñas y remotas playas de la patria querida.... Y cuenta la fama que, cuan-

do era más profundo su desconsuelo y su lloro más amargo, oyó murmurar cerca de sí, con grave y reposado acento:

—¡ Pobre poeta!.....

Alfredo levantó la cabeza y vió cabe sí, en medio del camino á cuyo borde se habia sentado, á un anciano que le contemplaba con amorosa compasion. Su cabello y luenga barba, enteramente blancos, y su traje talar, pobre y obscuro, le daban el aspecto de un anacoreta ó ermitaño. Todo su exterior, y muy particularmente la dulce y grave expresion de su rostro, infundían veneracion y confianza. Alfredo pensó que tenia delante de sí algun ermitaño de los que por aquel entónces comenzaban á vivir vida penitente en las cumbres de la vecina sierra.

—¡ Me conoce Vd?—preguntóle Alfredo con voz doliente y cierta extrañeza mezclada de asombro, curiosidad y confianza.

—No te conozco, pero sé quien eres—replicó el anciano afectuosamente, aproximándose al jóven.—Hace poco rato me encontraba en oracion, y sentí de pronto algo así como un aviso interior, como una inspiracion del cielo que me anunciaba que alguién necesitaba de mi auxilio. Pensé que algun menesteroso llegaría esta noche á mi vivienda en demanda de albergue y alimento, como de ordinario acontece, y no teniendo ni un pedazo de pan que ofrecerle, salí á demandarlo por los alrededores. Al llegar á las puertas de la quinta del Cisne á implorar la caridad, te ví salir, y oí que tus compañeros de orgía te llamaban Alfredo y poeta. La profunda tristeza que sombreaba tu rostro, y tu salida de la quinta me indicaron claramente que aunque estabas con aquellos, tú no eras de aquellos. Sentí hacia tí compasion y simpatía y seguí tus pasos sin que tú lo notaras. Y ahora conozco claramente que no era socorro de pan material el que el cielo me mandaba dar esta noche, sino otra clase de socorro.... Porque tú sufres mucho.... ¡ Tienes hambre y sed de consuelo!

Alfredo, que habia escuchado con cierto arrobamiento de niño mimado las palabras del anciano, suspiró al cabo y contestó melancólicamente:

—¡ Es cierto! ¡ Mi alma está sedienta de amor, verdad y belleza, y no los encuentro! Al llegar á las puertas de la vida los busqué con ansia, y no los hallé: sólo hallé decepciones y amarguras. Mi vida no es vida.... Yo creía que la vida era el goce, y me he equivocado. En medio de los placeres mi al-

ma siente mortal tristeza... Y sin embargo, deseo vivir, deseo gozar...

—¡Pobre niño! es natural, porque la vida es el goce...

—¡No! ¡En el goce la he buscado sin hallarla! Ya se lo dije antes, En medio de los placeres mi alma siente mortal tristeza... ¡más tristeza que nunca!

—Y sin embargo, la vida es el goce; pero, óyelo bien: el goce *sin remordimiento*. Y porque ésa es la vida, tú no vives...

Alfredo clavó asombrado sus pupilas en el rostro del anciano, y éste prosiguió:

—El goce sin remordimiento: ésa es la vida que aquí podemos alcanzar, aunque no es toda la vida, porque la vida toda, entera, no sólo excluye el remordimiento, sino toda molestia, toda imperfección... ¡Decías ha poco que habías llegado á las puertas de la vida!... ¡Pobre niño! ¡Qué equivocado estás!

—¡Aún no he llegado á las puertas de la vida?—replicó Alfredo con extrañeza.—Pues, ¿cuándo llegaré?

El anciano sonrió con dulzura, y tendiendo el brazo derecho, contestó señalando hacia la quinta del Cisne:

—¡Ves aquella casita que blanquea entre los árboles en aquel ribazo, cerca de la quinta donde están tus compañeros?

—Sí.

—Pues ven: verás las puertas de la vida.

Alfredo se dejó conducir, no sin alguna extrañeza, por el anciano. Al llegar cerca de la casita, notó que por una de sus ventanas, abierta de par en par, se escapaba trémulo y suave resplandor.

—Mira—dijo el anciano tomando de la mano á Alfredo y aproximándole á la ventana;—mira las puertas de la vida.

Alfredo miró adentro, y quedó clavado en su sitio sin pestañear siquiera. En el centro de la estancia, entre cuatro cirios y sobre un sencillo túmulo cubierto de flores que esparcían fragancia deliciosa, se destacaba el cadáver de una jóven que debía haber sido y era aún muy bella. Su ataúd y su vestido eran enteramente blancos. Su mano derecha descansaba sobre un crucifijo colocado en su pecho, y en la izquierda tenía un ramo de azucenas, símbolo de la pureza. Más que muerta, parecía plácidamente dormida. No parecía sino que al cerrarse sus ojos al mundo había visto abiertas de par en par ante ella las puertas de la alegría...

—¡La muerte!—murmuró Alfredo melancólicamente, pero sin espanto.

—¡La vida!—contestó el anciano sonriendo con dulzura.

En aquel momento llegaron, entre las ráfagas del aire, á los oídos del anciano y de Alfredo, notas sveltas de carcajadas y cantares que procedían de la cercana quinta de Cisne.

—¡La vida!—murmuró Alfredo dando sin querer un paso hacia allá...

—¡La muerte!—contestó el anciano con honda compasión.

Y volviendo á tomar el jóven de la mano condújole á un banco rústico que se veía enfrente de la casa, iluminado por un rayo de luna que se filtraba á través del espeso ramaje de los árboles, y haciéndole sentar á su lado, le dijo de esta manera:

—Morir como ha muerto esa jóven, no es morir: es nacer á la vida verdadera. Se llama María, y era un ángel. Si la hubieras conocido, la hubieras amado, como la amaba todo el que la veía una vez siquiera. Ha muerto como mueren los justos, como mueren los santos. Cuando esta tarde recibió el Santo Viático, su rostro resplandeció como el de un santo arrebatado en éxtasis y mirando á su madre que lloraba desoladamente, le dijo con inefable dulzura: —¡Por qué llora Vd., madre de mi alma? ¡Si no me muero! ¡Si ahora voy á vivir la vida verdadera, la que no acaba nunca! ¡No llore Vd., madre mía, que pronto nos veremos! Y sonriendo como un ángel, se durmió para despertar en la gloria. Una muerte así no es muerte, Alfredo. Es... ¡las

puertas de la vida! En cambio, vivir como tú has vivido hasta ahora como viven esos desdichados cuyas locas carcajadas escuchamos desde aquí, no es vivir. Esas carcajadas que arranca el placer brutal, el placer criminal tal vez, y que alegran al infierno, dan frío y pavor al alma, y parecen, en presencia de la celeste aparición que semeja ese cadáver ecos de muerte; en cambio el rostro de esa jóven, divinamente transfigurando por la santidad de su muerte, recuerda la verdadera vida, que es la que ella vive ahora: vida eterna, plena y feliz, vida en la que se goza sin remordimiento ni dolor de ningún género.

—¡Oh!... ¡Siga Vd.!, siga Vd.!—contestó Alfredo.

—Vida plena para el cuerpo y para el alma—continuó el anciano.—Para el cuerpo, porque todo él y cada uno de sus órganos desplegará allí toda su actividad cuyo ejercicio impiden aquí en todo ó en parte las enfermedades y otros mil obstáculos; para el alma por que la inteligencia conocerá la Verdad, y la voluntad amará y poseerá la Bondad y Belleza que son Dios mismo... Y esta vista, conocimiento y contemplación de Dios, sin miedo ni recelo de perderle ya nunca, producirán en el hombre tan extraordinario é inefable gozo, que le tendrán como en suspensión maravillosa de potencias y sentidos, en éxtasis divino y perdurable, y tal que la mente humana no puede comprenderlo ni soñarlo siquiera... ¡Y esto, no por días, ni años, ni siglos, sino eternamente siempre, siempre!...

—¡Oh! ¡Esa, ésa es la vida!—exclamó Alfredo, viendo desplegarse súbitamente ante los ojos de su alma ilimitados y luminosos horizontes que hasta entonces no había contemplado, y ante cuya hermosura maravillosa parecía triste y oscura aquella hermosísima y espléndida nonoche primaveral!...

—¡Comprendes ahora, hijo mio por qué te dije antes que las puertas de la vida son la muerte, pero la muerte, del justo?

—¡Oh! ¡Si, lo comprendo!—contestó Alfredo alzando los ojos al cielo y levantándose con el rostro iluminado por la *nueva luz* que había brotado en su alma.

Entonces el anciano y Alfredo se dirigieron á la ventana para contemplar por última vez el cadáver de la angelical María. La luna, que entre tanto había cambiado de posición penetraba en torrentes de blanca luz por la ventana, amortiguando la llama de los cirios y envolviendo á la jóven en una atmósfera luminosa y trasparente, que le hacía aparecer como rodeada de un nimbo esplendoroso y celestial... ¡Qué hermosísima estaba! Alfredo se descubrió reverente, rezó por ella y quedó despues contemplándola largo rato en silencio, hondamente conmovido, con envidia casi... En aquel instante, los cantares y carcajadas de sus compañeros, que habían cesado un momento, llegaron nuevamente á sus oídos, cortando bruscamente el aire...

Alfredo sintió un sacudimiento de espanto y repugnancia al escuchar aquellos ecos, volvió á mirar el sonriente y plácido rostro de la jóven y juntando despues su juvenil cabeza con la encanecida del anciano, echo á éste sus brazos al cuello y rompió á llorar como un niño...

Y cuenta la fama que su conducta cambió tan radicalmente desde aquel instante, que el venerable ermitaño que aquella noche fué su providencia y que le vió morir pocos años despues, aseguraba que el poeta Alfredo había entrado el día de su muerte por *las puertas de la vida*. ¡Tan santa había sido su vida desde aquella memorable noche, y tan santa fué despues su muerte!

ESFINGE.

Yo soy como esas olas gigantescas
Que sobre el lomo enorme
Del monstruo azul se agitan y retuercen
Y van rodando sin saber á dónde.
Yo soy como esas negras tempestades
Que oscurecen el orbe,

Y como inmensas furias desgrednadas
Floran miéntras los ámbitos recorren.

Yo soy como esos rudos huracanes

Que en las oscuras noches
Lanzan hondos quejidos lastimeros
En las arcadas de los anchos bosques.

Yo no sé qué pesares espantosos

El corazón me roen,
Y á un mismo tiempo el alma me engrandecen
Y hacen que gima y me retuerza y llore;
Y sin embargo, ante el alegre mundo,

Que mi mal no conoce,
Río y me apropio la frialdad que ostentan
Las estatuas de bronce.

Bogotá.

Julio Florez.

LEYENDAS

Y

Tradiciones queretanas

POR ALTER.

LXX

EL CONVENTO DE SANTA ROSA.

El siglo diez y siete tocaba á su fin cuando existió en esta ciudad un matrimonio cristiano verdaderamente observante de los preceptos del Crucificado. Este se componía de Juan Alonso y Antonia de Herrera, y no extrañe el lector que de tales padres tales hijos, porque tres hijas que tuvieron, fueron modelo de virtud como veremos mas adelante.

Con sus ahorros compraron un solar á los indios en cuyo centro tenían una cruz de pino, la cual á mitad del siglo diez y ocho aun existía.

Entre los seis restantes [porque fueron nueve hijos] hubo uno que tomó el hábito franciscano.

Las hijas llamábanse Francisca de los Angeles, Gertrudis de Jesus María y Clara de la Asuncion, viuda, y las dos restantes doncellas.

Estas quisieron llevar una vida monástica y al efecto y con permiso de su padre y del misionero apostólico Fr. Francisco Frutos su director, quien se avino á los deseos, y pusieron luego á fabricar unas celditas de adobe en donde lejos del bullicio del mundo, pudiesen consagrarse á Dios.

Esto pasaba en 1669 y Dios concedióle á Juan Alonso y su mujer ser sus hijas muy adelantadas en el camino de la perfección, pues aquel murió en 1692 y ésta en 1727 á edad avanzada.

Otras pobres niñas se iban asociando á las Alonso y las tres pequeñas celdas no bastaban á contener el número de niñas, entró para con ellas la pródiga mano del hombre más desprendido que ha visto Querétaro, el Br. D. Juan Caballero y Osio, quien extendió su largueza hasta fabricarles su oratorio en la huerta con todo lo necesario en 1699, cuya licencia obtuvo del Ilmo. Sr. D. Juan Ortega y Montañez, en virtud de la cual se colocó una imagen de Nuestra Señora de Guadalupe para que fuera su patrona.

El día 3 de Mayo de 1703 se celebró la primera misa por el R. P. Fr. José Díez y la segunda por el Br. D. Juan Caballero y Osio.

El primer director de las Alonso fué Fr. Francisco Fratos misionero apostólico, mas por fallecimiento de este las tomó bajo su dirección el V. Margil.

El Br. D. Juan Caballero ocurrió á la Majestad de Felipe V para obtener permiso de fundar el convento; pero antes que llegara la respuesta murió y no vió coronados sus deseos.

El Pbro. Lic. D. Matías Hajar fué bienhechor muy especial de este convento; pues despues de agenciar las licencias de la misa, suspendidas, continuó con el proyecto del fundador para realizarlo á cuyo fin dió al pa-

dre jesuita Antonio de Figueroa los expen-
dientes necesarios para presentarlos al Rey;
pero éste naufragó y volvió á quedar en si-
lencio el proyecto.

En 1727 á impetracion del Virrey D.
Baltazar de Zúñiga concedió el Rey su Cédula
real por la cual fué erigido en Real Colegio
de Santa Rosa de Viterbo, siendo su primer
rectora la hija mayor de Alonso, Francisca de
los Angeles, la cual murió en olor de santi-
dad segun refiere el cronista Vilaplana en la
vida que de ella escribió.

En 11 de Julio de 1732 la santidad de
Clemente XII expidió una Bula en la que
manda esten sugetas al Ordinario, uniéndola
á las religiosas seráficas concediéndoles
las gracias de aquellas, aunque ya vivían en
clausura desde 1715 que pasó por ésta ha-
ciendo la visita el Ilmo. Sr. Arzobispo de Mé-
xico D. José Sanciego, el cual les regaló la
reja.

El Teniente Coronel y Capitan de la Acor-
dada D. José de Velázquez y Lorca les fabri-
có á sus expensas el famoso templo y conven-
to con todos sus accesorios necesarios, dedi-
cándose el 24 de Enero de 1752 con tres fun-
ciones solemnes.

La direccion de la obra segun la creencia
general fué por D. Eduardo de Tresguerras;
y aun cuando la GACETA DE MEXICO no lo di-
ce; pero basta ver lo elegante y caprichoso de
la obra para juzgar de su origen.

El Divinísimo Sr. Sacramentado se colo-
có por primera vez en el antiguo convento el
27 de Diciembre de 1728 corriendo los gastos
por cuenta de la V. Congregacion celebrando
hermandad desde entónces, con estas beatas.

En 1863 fué la primera exclaustacion de
estas monjas, y de este convento pasaron á
Santa Clara á reunirse con aquellas; y entre-
tanto la mayor parte del convento fué con-
vertido en hospital civil como hasta hoy se ve.

En 1864 que fueron restablecidos los
conventos por el Imperio, volvieron las mon-
jas á ocupar el convento, sujetándose á la pe-
queña parte que se les dejó, volviendo á salir
de él en 1867 para no volver.

Olvidaba decir que el convento se fundó
en el mismo sitio propiedad de las fundado-
ras.

Las niñas encomendadas á la educacion
de estas beatas se distinguían por su laborio-
sidad. Entre otras cosas hacían unas empana-
das que tenían fama y eran solicitadas prin-
cipalmente para hacer obsequios.

Este convento carecía de bienes raíces y
sólo se sostenía con los productos del trabajo
material de las beatas, la pension de las edu-
candas y la caridad de los ricos, lo cual no
impidió que llegaran hasta él las iras libe-
rales.

ESTHER.

Tragedia bíblica en tres actos, escrita en verso
francés por J. Racine. Traducida al castella-
no, por "Fidelior," para EL TIEMPO.

(CONTINUA.)

ELISA.

¡Y cómo va su orgullo á levantarse
Con este nuevo honor! su audacia crece:
Yo lo veo, hermanas mías, yo lo estoy viendo
A la mesa sentarse
De Esther, el insolente, y aun parece
Cerca del rey monarca coronado
En su soberbia hinchado.

UNA ISRAELITA.

Decidnos, por favor, cuántos manjares
Ministros del festín y qué licores
Disponéis á ese cruel.

OTRA.

Hondos dolores
Del huérfano la vida.

OTRA.

Acerbo llanto
De aquel que triste en la miseria gime,

La segunda.

Busca, de esos manjares, el encanto.

La tercera.

Y ése es su vino que al que llora oprime.

ELISA.

Caras hermanas, suspended os ruego
El pesar que acibara vuestros males;
Cantemos, pues así se nos ordena,
Y quizá vuestros dulcidos cantares
Del sey Assuero endulcen la amargura
Como David logró, en otras edades
Calmar de un rey celoso la tristeza
Con sus himnos del alma perdurables.

(Todo lo que sigue, hasta la conclusion de esta
escena, se canta.)

UNA ISRAELITA.

Cuán feliz y venturoso
El pueblo, es que un generoso
Rey, lo gobierna, de paz,
A ese rey lo acata el mundo
Y es feliz, porque el profundo
Amor del pueblo tendrá.

Todo el coro.

¡Oh paz profunda! ¡Oh reposo!
De la perfecta dicha eterna alianza!
Si un gobierno dichoso
En tí la angusta autoridad afianza,
A sus consejos sin cesar propicia
Das la verdad, la honra y la justicia!

(Las cuatro estrofas que siguen son cantadas
alternativamente por una voz sola y por todo
el coro.)

Reyes: la calumnia impía
Desechad sus atentados,
Que turban de los Estados
La dulce paz y armonía.
Do quier su furor sangriento
Persigue ¡ay! al inocente:
Reyes, cuidad del ausente
Contra su dardo violento.
De ese monstruo tan feroz
Temed la falaz dulzura
Está el odio en su ternura
Y la piedad en su voz.
El fraude recto y sutil
Siembra de flores su senda;
Pero la sigue la enmienda
Tardía, cual cobarde y vil.

UNA ISRAELITA.

De un sople el aquilon las densas nubes
Aparta y á lo léjos
Arroja el rayo y tempestad horrenda:
Así un rey sabio en obras y consejos
Del lenguaje enemigo mentiroso
De su sola mirada á los reflejos
Aparta al pérfido impostor doloso.

OTRA.

Si admiro al rey que lleva la victoria
De triunfo en triunfo donde quier que está,
Mas de un rey sabio la fulgente gloria
Que la injusticia y dolo sabe odiar,
Que no cediendo al rico soberbio é imperioso,
No sufre el pueblo gima el yugo que ominoso
Quisiera en su avaricia maléfica imponer.

Presente hermoso
Es de los cielos,
El más dichoso
Y humano sér.

OTRA.

La triste viuda en su defensa fia,

OTRA.

Del huérfano es el padre.

Todas á la vez.

Y el llanto del justo y agonía
Que su apoyo buscara
Son ante él cual tesoro de valía.

UNA ISRAELITA.

Tu oído aparta, rey poderoso
De todo impío cual mentiroso
Consejo, que en tu mal, llegue hasta tí
Y ya despierta, porque tu mano
En inocente sangre el tirano
Mientras duermes se avanza á sumergir,
Tu oído aparta, rey poderoso
De todo impío, cual mentiroso
Consejo, que en tu mal llégueme hasta tí.

OTRA.

Y se estremesca así la tierra entera
Y así tambien por siempre á tus contrarios
De tu valor la fama sea barrera;
Si en sus designios varios
Te atacan, que sean luego sometidos:
Los destruya la fuerza de tu brazo,
De tu nombre al terror sean confundidos.
De su gran multitud cierto el fracaso
Sea delante tu ejercito ordenado,
Como turba de niños que medrosa
Inútil es, y si por un camino
Asaltare tu imperio dilatado
Por mil, en su destino,
Sea su ejército entónces dispersado.

ESCENA CUARTA.

Assuero, Esther, Aman, Elisa, el coro.

ASSUERO.

(A Esther.)

Hay en vuestros discursos gracias secretas
Noble pudor se esparce cuando discretas
Las acciones hermosas causan placer;
Ni la púrpura, ni el oro,
De ese tan raro tesoro
Tienen tu precio, mi querida Esther.
¡Qué clima te ocultara, cual es tu origen,
Quienes tu dulce infancia sabios dirigen?
Mas lo que tú pretendes pronto lo sabré:
Te cumpliré mi promesa,
De mi imperio y su riqueza
La mitad, si lo quieres, te daré.

ESTHER.

Yo tanto no pretendo, Señor; ni quiero tanto
Mas explicaros debo la causa de mi llanto
Ya que mi rey me invita mis quejas á exponer:
(Se arrodilla ante Assuero.)

Me atrevo hoy á imploraros, cual mi propia vida
Por infelice pueblo, que á espada envilecida
Conmigo destinado se encuentra á perecer.

ASSUERO.

Levantándola.

¡Vos! ¡A morir! ¡Qué pueblo? Decidme este misterio.

AMAN.

(Aparte.)

Me estremesco.

ESTHER.

Señor, aunque no os cuadre:
Esther, que es vuestra sierva, tuvo un judío por padre
Y de vuestra orden cruenta sabéis bien el rigor.

AMAN.

(Aparte.)

¡Oh dioses!

ASSUERO.

¡Ah! ¡Terrible me hiere el rudo golpe!
¡Vos la hija de un judío! ¡Y qué! ¡lo que en vos quiero
La gracia, la inocencia, amores porque muero
Creyéndolos celestes, de impura fuente son?
¡Desgraciados!

ESTHER.

Mi súplica podréis no sea atendida,
Mas os pido á lo ménos que por gracia postrera:
Dejéis hasta concluir deciros lo que quiera
Y que á Aman, sobre todo, mandéis callar, Señor.

(Continuará.)

ALTA VIDA.

ALTA vida, ó *high life*, como se dice en
las crónicas del mundo elegante.
Alta vida, ó lo que es lo mismo, vida
de los altos; de los que viven en conti-
nua evidencia, en fiesta constante, en diver-
sion perpetua.

Alta vida: Misa de esas en que se lucen
toilettes, almuerzos con amigos de la casa, pa-
seos en el Retiro, palco en la ópera, *soirée* en
la embajada, ó en casa del duque, ó en el pa-
lacio del banquero,

Alta vida: Los trajes de la señora, de
Paris, los del señor, de Lóndres; los coches,
de Inglaterra; los caballos, de Hungría; las
institutrices, alemanas; los menús en francés,
todo del extranjero!

Alta vida: "Ayer almorcé con los de Tal,
despues fuí á la partida de polo, antes de co-
mer perdí 15,000 pesetas en el club, comí muy
mal en casa de la duquesa de... Me fuí al Es-
pañol á ver una comedia antigua que me abu-
rrió, volví al club y le gané 1,000 duros á mi
primo. Me he acostado á las seis de la ma-
ñana...."

Alta vida: Mi padre me quiere casar con
la de Aznar, bueno, me casaré; pero pensar
que yo deje á la *Pelos*, mi señor padre que se
apunte quince. Con tal que de la boda resulte
que hay para todos.... Mirad que mujer....
allí en la acera de enfrente.... ¡Olé, por
las mujeres de veras! Ahí viene el *Bomba*,
¡Qué tal, Emilio? ¡Vámonos á comer á la ta-
berna de la Concha?

Alta vida. Levantarse á las dos de la tarde, almorzar á las cuatro, comer á las nueve, no leer periódicos, ni libros, ni nada. Tomar dos veces por semana una inyección de vino, de cuatro horas. Hablar siempre de caballos, de mujeres, de toros, de bacarrá y de líos.

Las escenas íntimas de la alta vida son muy interesantes. Un salón: muchas luces, muchos criados vestidos con la librea de la casa. La orquesta en el fondo. Allá á la derecha, en el salón próximo, el *buffet* servido por criados que parecen diplomáticos de antaño. Señoras mayores, Generales, Senadores, cronistas de salones, condes, duques, barones, diputados de la mayoría, señoritas que hablan muy alto, jóvenes flacos y pálidos con flores en el ojal del frac, el cuerpo diplomático extranjero, el Nuncio, el capitán general, dos ó tres poetas líricos [dos machos y una hembra.] Mucho calor, que será el tema de la conversación espiritual de los presentes. Estamos en el gran baile de la señora de A** que celebra sus días. Profusión de flores.

Un señor gordo: ¡Qué calor!

Otro flaco: ¿Verdad?

El gordo: Sí, pero los cambios....

El flaco: ¡A cómo ha quedado el exterior?

El gordo: A setenta y tres.

El flaco: ¡Qué calor!

El gordo: ¿Verdad? Es un calor....

Llega un joven funcionario de Ultramar: Hola, señores, ¿qué calor!

Los otros: Mucho calor.

En un grupo de tres lindas muchachas, sentadas esperando á que las saquen:

Teresa: ¿No has bailado aún?

Luisa: No, ¿y tú?

Antonia: Mirad á Pepe Sacatrán, qué florido viene.

Luisa: Dicen que yá no se casa con la de San Diego.....

Tereza: no tiene corazón.

Antonia: Ay, hijas, no digáis eso; lo que es es que no le gusta la novia.

Teresa: Aún, no.

Antonia: Ay, hijas, no digáis eso; lo que es es que no le gusta la novia.

Pepito se acerca, las manos en el bolsillo, siseando lo de la falda de percal:

—Hola, niñas bonitas. ¿Queréis bailar?

—¿Con quién?

—Con las tres; os daré una vuelta á cada una.

Antonia: Puea allá voy yo. [Dejando el abanico en la silla.] Anda.

Pepe: ¿Qué calor, ¿verdad?

Antonia: Ya, ya. ¡Qué calor!

En un rincón, tres estadistas de verano:

Uno: La crisis no podía resolverse de otra manera, porque yo entiendo que la corona ha estado de una corrección.....

Otro: De pruebas.

El de antes: Bajo tres aspectos se presentaba esta cuestión, que el ilustre jefe del partido debía, debía.... (tosecita) debía resolver aun antes de que fuera resuelta. Porque, señores (tosecita,) cuando los partidos de orden ¿qué? están llamados ¿qué? á aceptar las responsabilidades ¿qué? y á desarrollar energías.... (tosecita) entiendo yo.... ¿qué?

El tercero: Yo voy á tomar un helado. ¡Qué calor!

Grupo de niños góticos.

—¿Qué hay, caballeros? ¿Cómo está esto?

—Está muy bien, toda gente conocida, no hay mezcla, como en otras partes. ¡No hay cursilería, ni periodistas, da gusto!

—¿Qué habéis hecho esta tarde?

—Pues nos han reventado las dos bancas. Yo había cogido una barajita que iba como una seda y éste que está más loco que una mata de habas, se ha empeñado en seguir y nos han pelado.

—Bueno, señores, yo me voy á bailar con mi novia.

—¿Habeis visto á María Cante qué reguapa está?

—Y su madre, con sus tres arrobos de perlas.... Buen empeño se trae la señora!

—¡Yo me aburro aquí; me voy á escurrir y me largo á Apolo á ver á la Brúque que está que enciende!

—Ahí viene el Nuncio; voy á preguntarle por la familia.

—Hombre, no seas bruto, que nos va á oír.

—¿Quién dirige el cotillon?

—No se, yo me voy.

—¡Lo que hace aquí es un calor atroz!

—¡Pero qué calor! ¡Se asa uno!

Fila de mamás sentadas, descotadas, enseñando derribos de bellas formas del año setenta y cinco.

—Y adónde van ustedes, por fin?

—A San Sebastian, porque con eso de los cambios....

—Nosotras iremos á Biarritz, con cambios y todo, porque yo no puedo con las playas españolas. Como Biarritz no hay nada.

—Nosotras tenemos mal recuerdo de San Sebastian, desde aquello de hace dos años.

—¿Y qué fué?

—A esta señora, en el partido de Jai-Alai le dieron un pelotazo en un ojo, que estuvo á la muerte....

—¡Jesus que atrocidad! Pero sería sin querer, verdad?

—¡Es de suponer!

—¿Qué calor!

—¡Debían abrir, hace una temperatura tórrida!

—¿Y cómo va usted de sus males, Agueda?

—No adelanto nada, ahora estoy tomando todas las mañanas una botella de agua de Cariñana.

—De Carabaña querrá usted decir.

—Digo, sí, eso es....

Grupo de diplomáticos:

—*Eh bien, cher Marquis, quoi de neuf?*

—*Il n' y a rien; nous partons jeudi.*

—*Pour Paris?*

—*Il n' y a qu' un Paris.*

—*Bien entendu. ¡Ce qu' en s' embêteici c'est incroyable!*

Dos senadores catalanes:

—Y me parece á mí que no hay razón para cerrar al Senado en circunstancias como estas!

—Sí, un poco violento ha sido todo esto, ¡pero vamos!

—En Barcelona el partido está desatinado.... ¡Hombre, por Dios, eso es una sarrasina, eso no se hace!

—No diré yo que no; ¡pero vamos!....

En el hueco d un balcon:

—¡Estás más hermosa que nunca!

—¡Cállala, tonto!

Las dos y media. Comienza el cotillon. Suenan las sillas arrastradas por trescientas manos. Colócanse las señoras y caballeros; hay para hora y media. Amanece. Los coches charlan abajo.

—¡Eh, Manolo! ¿A dónde te vas ahora?

—¿No esperas á los señores?

—Voy á ver cómo anda la niña, para decirselo á la señora cuando baje, porque cuando salimos estaba con una calentura de sesenta y cinco céntimos!

El sereno. que se retira á dormir.—¿Peru todavía dura este belén? ¡Qué están locos, vamos!

EUSEBIO BLASCO.

A LA CRUZ.

Vulve á lucir, estrella de los buenos,

Espanto del profundo:

Vengan tus rayos puros y serenos

A esclarecer los tenebrosos senos

En que agoniza envejecido el mundo!

Huya esta esfinge vengadora y muda

Que engendran á porfía

La traidora inquietud, la fiebre aguda;

Los sombríos terrores de la duda

Y el lúbrico demonio de la orgía.

Yace en lecho de espinas y de abrojos

El hombre delincuente

Que provocó del cielo los enojos,

Y ni lágrimas quedan en sus ojos,

Ni en su pecho virtud, ni fé en su mente.

¡Oh lágrimas que un Dios ha consagrado

Con muerte redentora!

¡Sangre que vierte el corazón llagado!

¡Patrimonio feliz del desgraciado

Cuando, al llorar, con esperanza llora!

Engendrado del Gólgota en la cumbre,

Vuestro fecundo riego

Extinguió la oprobiosa servidumbre

Y el despotismo atroz; la podredumbre

Social, y el fallo del destino ciego

El dolor fué la ofrenda expiatoria.

La redención del alma

Que al fin de la existencia transitoria

Columbraba los nimbos de la gloria,

Y tras la fiera tempestad, la calma,

Por esa cruz, donde el consuelo anida

Del débil y del fuerte,

Entre Dios y los hombres suspendida,

Dignificó la lucha de la vida

Y endulzó la amargura de la muerte.

Y allí, Cristo el amor de los amores,

Que sufre y que perdona,

Respondía del triste á los clamores:

“Arrostra del combate los horrores,

Que yo seré tu aliento y tu corona.”

Mas se agotó la fuente del consuelo,

Rompiéronse los lazos

Que unían á la tierra con el cielo,

Y ya no sabe remontar su vuelo

El corazón que estalla hecho pedazos.

Hoy el dolor es úlcera incurable

Que postra, asfixia y mata:

Es cálido bochorno irrespirable,

Es cual eterno enigma, impenetrable

Y estéril ¡ay! como la tierra ingrata.

Sin tu favor, ¡oh lábaro divino!

Tras el acaso ignoto

La humanidad avanza en su camino,

Entre el ímpetu audaz del torbellino

Y el siniestro rugir del terremoto.

Y en esta hora de ansiedad suprema

Y amargo desencanto,

Lanza contra tu nombre su anatema,

Y escarnea y conculca la diadema

Que el ara ciñe del madero santo

¡Si! Todo anuncia que la edad se acaba

De tu glorioso imperio

En esta Europa, del terror esclava,

Que sumisa en el polvo te adoraba

Y hoy te condena á infame cautiverio.

Todo nos dice que olvidada mueres

En soledad inmensa:

Las sirenas del vicio y los placeres,

La cavernosa voz de los talleres

Y el estridente ruido de la prensa.

En fúnebre y confuso clamoreo

Sus iras desatadas

Son el eco inmortal del odio hebreo,

Euménides que lanza un siglo ateo

Contra el Divino Mártir conjuradas.

Doquier se escuchan blasfemando á coro

Su orgullo y su demencia;

Donde brillaba de la fé el tesoro,

Surgen triunfantes el becerro de oro

Y la ostentosa efigie de la ciencia.

¡La ciencia! ya no es mágica sibila

Su profanado verbo;

Ensembrecen las nubes su pupila,

Y de sus labios áridos destila

La acre ponzoña del error acerbo.

No ha sido, no, la cándida paloma

De vuelo soberano:

Brotó del lodazal de esta Sodoma,

Como brota en las ruinas la carcoma,

O el reptil venenoso en el pantano.

Generación que sigues de sus huellas

El rumbo temeraria,

Y con la audacia tu ignominia sellas,

¿Cómo no eres feliz? ¿Qué hallaste en ellas

Al repudiar la herencia del Calvaio?

¡Orgulloso mortal! Te fué preciso

Sufrir tu propio yugo,

Contra el de Dios irguiéndote insumiso;

Y en infierno trocaste el paraíso

Y á la diosa razon, en tu verdugo.
 Pero aun brilla un crepúsculo de aurora
 Entre la bruma espesa
 Del mal, que se dilata triunfadora,
 Y entre la obscuridad aterradora
 El divino fulgor de una promesa.
 Aun no ha muerto la fé... llegad. ¡oh razas
 De excelsas tradiciones!
 ¡Europa, que entre espantos y amenazas
 Tu propio sér inquieta despedazas
 Hervidero de trágicas prisiones!
 ¡Plebe desheredada y harapienta!
 ¡Repúblicas y tronos!
 ¡Sabios! ¡hijos del arte! La tormenta
 Irresistible avanza y se acrecienta;
 ¡Venid á deponer vuestros enconos!
 La cruz del redentor os sollicita
 Con el perdón sublime,
 Y podrá su virtud, que es infinita,
 Calmar la ciega furia que os agita,
 Aliviando la carga que os oprime.
 ¡Símbolo del amor, que regenera,
 De gloria y bienandanza!
 Haz que agrupada en torno á tu bandera
 Recobre en tí la creacion entera
 Su juventud, su Dios y su esperanza.
 ¡Vuelve á lucir, estrella de los buenos,
 Espanto del profundo!
 ¡Vengan tus rayos puros y serenos
 A esclarecer los tenebrosos senos
 En que agoniza envejecido el mundo!

FR. FRANCISCO BLANCO GARCIA.

LA FE.

Cuando era niño yo, la madre mía
 Encendió en el fondo de mi alma
 Un faro luminoso que á la calma
 Siempre nos lleva en la tormenta impía.

Esta luz de la Fé, que relucía
 Al través de la duda, que inclemente,
 Si se desliza en su veloz corriente
 Inunda el seno de la patria mía.

No permita jamás el cielo santo
 Que la luz de la fé se estinga luego
 En esta tierra que yo quiero tanto.

Mándale paz y mándale sosiego,
 Y que cese su angustia y su quebranto:
 Esto quiero, Señor, y éste es mi ruego.

Feliciano Marin.

El Emigrado español.

(NOVELA EN EXTRACTO.)

PROLOGO.

A mitad de esta historietta ha acontecido tal y como la relato; la otra mitad es producto del trabajo de mi imaginacion. La parte verdadera se la oí referir al que habré de presentar como protagonista, señor viejecito, con cara de bueno y hechos de lo mismo. Mientras me la refería, se hallaba el amable señor rodeado de sus hijos y tenía sobre sus rodillas á un angelito sonrosado y rubio, que es el único nietezuelo que Dios le dió y que decía á su abuelito cuando le oía relatar la série de dolores y vejámenes que en esta novela se ven:

—Díme, abuelito; ¿pero es cierto que te sucedieron tantas cosas? ¿Qué triste estarías, verdad? ¿Y ahora ya no te pasará nada de eso?

Los hijos rodeaban á su padre y le miraban con cariño, como diciéndole:

—Anda, consuélate y no seas bobo; si naufragaste, ya has llegado á puerto de salvacion; si pasaste hambres, soledades y tristezas, aquí nos tienes á nosotros, que no te abandonaremos jamás.

I

Duras fueron las persecuciones que contra los liberales tuvieron lugar en España durante los últimos años del reinado de Fernando VII; pero más numerosas y quizá más duras aún fueron las llevadas á cabo contra los realistas en los dificilmente olvidables tiempos de la regencia de D^a María Cristina, viuda de aquel Rey.

A qué relatar todos estos sucesos que tan perfectamente pintan en sus respectivas obras de historia universal el ilustre Lafuente y el erudito D. Eduardo Chao, continuador de los Padres Jesuítas, Mariana y Miniana, y en sus episodios nacionales el prodigioso estilista Pérez Galdós.

Víctima de una de las persecuciones referidas, salió de España un nobilísimo y no ménos digno señor, acompañado de su esposa y de un hijo muy jóven aún, que despues de penosos estudios con las más brillantes notas, *se había recibido de Abogado*, como se decía en aquella época.

D. Santiago Valdés que es el noble á quien me refiero, se vió en pocos días y por obra de un injusto proceso político, desposeído del título de marqués de la Lealtad, que con dignidad ostentara hasta entónces, y perdió por tan arbitraria medida los pocos bienes que le quedaban.

Marchaba la familia desgraciada con direccion á Lóndres; pero al pasar por Paris el bueno de D. Santiago cayó gravemente enfermo, y el pobre señor, apenas llegó á Lóndres, murió en los brazos de D^a Eulalia, su amantísima esposa, dejando á ésta y á su buen hijo Juan en la más espantosa miseria, en medio de una sociedad desconocida y en un país cuyos usos y costumbres ignoraban por completo, siéndoles por lo tanto imposible proporcionarse el pan de cada día.

La infeliz D^a Eulalia, por efecto de los disgustos y de un rudo ataque al corazon, se quedó baldada, empeorando y agravándose en su enfermedad por efecto del frío de la guardilla en que con su hijo vivía.

Día y noche batallaba el pobre Juan para encontrar medios de vivir; pero todo intento fué inútil. Al cabo de muchos días, el abogado español, el hijo del marqués de la Lealtad, el noble caballero, pedía limosna en medio de las calles de la capital del Reino Unido, y el día que ganaba un penny, corría presuroso á llevárselo á la pobre viejecita, que lo recibía con las lágrimas en los ojos, y luego para pedir á Dios conformidad besaban ámbos un crucifijo, sagrada reliquia de familia.

Al relatar este pasaje, lloraba el bueno de D. Juanin... — No llores, abuelito, que aquí estoy yo que te quiero mucho — dijo el nietezuelo rubio, comiéndose á besos al venerable viejo.

II

Dios aprieta pero no ahoga, dice el refran, y es mucha verdad. Podrá la Providencia someter á prueba á los buenos y negarles la consideracion de sus semejantes y el prestigio y hasta la honra y el sustento; pero al cabo, despues de muchas batallas, llega la victoria, y es una satisfaccion tan pura respirar tranquilo la atmósfera de la paz que uno mismo ganó!

Un su amigo, ó mejor dicho, un alma de ésas que ejercen la caridad por Dios y porque así se lo impone su conciencia, proporcionó al desventurado Juan una colocacion, que aunque pobremente, le permitía alimentar á su madre.

En un café situado en el populoso barrio de City fué admitido el emigrado español para tocar en el piano y la guitarra aires españoles, con la condicion de ayudar al cocinero y á los pinches á fregar los platos en la cocina. Obtenía como remuneracion un miserabilísimo socorro; en el café se le estaba siempre recordando que era un criado; no había humillacion que no sufriera el pobre Juan, á quien se llamaba entre la servidumbre el señorito pretensioso; pero ¡qué importaba eso, su santa madre podía comer, ya estaba resuelto el problema!

¡Cuántas noches despues de tocar á la guitarra el bolero ó la cachucha, el vito ó el jaleo, aires impregnados de luz y de color y de alegría, el bueno de Juan se retiraba á un rincón obscuro para enjugar sus lágrimas sin que nadie le viera! Hacía alegrarse á los demás, mientras él lloraba en silencio, como á tantos ha acontecido en la vida.

El público del café no comprendió el mérito de Juan, y reía y decía chistes groseros, en tanto que el pobre músico ponía su alma en las manos para tocar mejor. Muchas veces sentía desaliento porque era muy dura la batalla; pero para cobrar fuerzas le ocurrió una peregrina idea: llevó oculto en el pecho un retrado de su madre y una medallita de la Virgen y besaba á hurtadillas ámbos objetos. Fué sorprendido en esta piadosa ocupacion y ¡no fueron sátiras las que cayeron sobre él!

III

Un reporter de no recuerdo qué periódico fué una noche al café de la City y quedó entusiasmado oyendo á Juan.

El digno periodista había estado en España, y nuevo Julio Simon, nuevo Teófilo Gautier, nuevo Hugo ó nuevo Lamartine, se entusiasmaba cuando oía hablar de nuestro poético

y delicioso país. Se enteró de la historia de Juan, y á los pocos días salía en el periódico en que aquel redactaba, un cuento precioso y sentidísimo titulado «El músico español,» en el que se relataban donosamente escritas todas las desventuras que el emigrante había sufrido.

Cuando leyó dicho cuento Juan, estuvo á punto de enloquecer, y la pobrecita de D^a Eulalia, sacando fuerzas de flaqueza, medio arrastrando y apoyada en el brazo de su hijo, fué al templo católico á dar gracias á Dios, y le decía á Juan, postrados ámbos ante una imagen de María Santísima:

—¿Ves, hijo mío, qué buena es la Virgen, y cómo nos sonrío? Mírala que guapa; ¡bendita sea!

La fama del músico español fué extendiéndose cada vez más. El café de la City se hallaba concurrendísimo, no solamente por el público grosero que antes lo poblaba, sino también por un selecto público de artistas y literatos que iban solamente por oír á Juan.

Este y el periodista fueron y son aún amigos del alma.

IV

Era una tarde poco antes de obscurecer.

Gran sorpresa sintieron los concurrentes al café, y más que ellos nuestro buen Juan, al ver entrar en el establecimiento á varios señores que llevaba el honroso uniforme del ejército inglés. Uno de los del grupo, á juzgar por los bordados de las bocamangas y por los demás distintivos, parecía ser el de más graduación.

—Vienen á oírme, pensó Juan, y se puso muy contento.

En efecto, iban por oírle. Uno de los militares más jóvenes dijo al jefe como continuando una conversacion:

—Sí, señor, aquel es—y señalaba á Juan.

—¡Pobrecillo, repuso el general, qué cara de tristeza tiene! yo conocí á su padre cuando estuve en España. . . . él no me conoce. . . . no le digan ustedes nada.

—Pero qué, ¿se propone V. E. otra caridad?

—Qué caridad ni qué nada: no merece ese nombre lo que yo hago.

—V. E. es un alma buenísima, dijo otro de los ayudantes.

Tocó Juan con toda su alma, y entusiasmado el bueno del general, no hacía más que decir ¡pobrecito! ¡pobrecito!

Acabó el músico de hacer oír lo mejor de su repertorio, y entonces el mismo general, con todos sus prestigios y honores, se levantó de su asiento, y yendo á buscar al desheredado, le dijo en correctísimo español y con voz cariñosa y dulce:

—Venga usted, hijo mío.

Todo el público aplaudía entusiasmadísimo: algún concurrente dijo ¡hurra! otros lloraban.

—¿Pero á dónde voy?—dijo Juan.

—A tomar café conmigo y lo tendré á mucho honor.

Juan se acordaba de la Virgencita santa, cuya medalla llevaba en el pecho. Temblando de emoción se acercó á la mesa en que estaba el General con sus ayudantes; pero no pudo tomar nada. Se estaba ahogando.

Habló el General dos palabras en voz baja con el dueño del café y éste con toda reverencia y ceremonia, y entre saludo y saludo, respindió al magnate:

—Lo que «vee» vuestro honor son órdenes para mí.

Acabado el refresco, el protector invitó al músico á que fuera con él en el coche, sin decirle á donde le llevaba, y el infeliz Juan obedeció atónito, llevando bajo el brazo la guitarra, condicion que le había impuesto el delicadísimo prócer.

Entonces ya había obscurecido.

V

Por las sombras de la noche, por la niebla que había en las calles ó por la emoción que le embargaba, no vió Juan por dónde iba, ni se dió cuenta de nada.

Al cabo de poco tiempo paró el coche ante un magnífico palacio, á cuya puerta paseaban centinelas. Estos, al ver al general, hicieron una señal de respeto y reverencia. La señal se fué repitiendo por los demás guardias que en las escaleras y en los patios de la suntuosa mansión había, por las que fueron cruzando el general delante y detrás Juan con su traje raído y siempre empuñada su guitarra, diciendo el primero á todas las parejas de guardia cuando trataban de poner algún obstáculo al paso del pobrecillo artista:

—El señor viene conmigo.

Después de cruzar patios y galerías y escaleras y antecorredores, entraron ámbos en un salón lujosísimo, en el que se hallaban sentados una señora con cara marcadísima de bondades; á su lado también un caballero vestido también con uniforme de general, en su derredor varios niños monísimos, y detrás, en pié, multitud de señoras y caballeros.

Hizo el general una reverencia á los que sentados se hallaban, y después de hablar en inglés con aquel, dijo la señora á Juan en perfecto castellano:

—¿Con que usted es el músico español? Cuánto le agradezco á usted que se haya molestado por nosotros. Sé su historia; sé que su madre es muy buena y que usted la quiere mucho. ¿Tocará usted algo, verdad?

—Ya veis si es bueno—dijo volviéndose á los niños—que vino solamente para que le oigamos tocar.

—¡Va á tocar! ¡Qué gusto, qué guapo es!—decían los angelitos.

Juan comprendió entonces el

placer sin igual que deben experimentar los mártires cuando entran en el Cielo.

Tocó. . . . ¡cómo tocaría el pobrecito!

Todo el concurso aplaudió. Los niños batían palmas de júbilo.

—Es usted un artista, le dijo el caballero.

—¡Cuánto corazón, qué bien siente usted!—exclamó la señora.

Y entonces el General le dijo muy bajo y acercándosele:

—Pero si usted no lo sabe, está usted en presencia de S. M. la Reina Victoria y de S. M. el Rey Alberto de Inglaterra. Estos señores son los primeros magnates de la Corte.

El pobre Juan rompió á sollozar como un niño.

—¡Pobrecito! ¿qué tiene?—dijo la reina, que medio lloraba también, ¿se ba puesto malo? que le den algunas medicinas. . . .

—¡Señora, que estoy loco, que mi madre, que. . . .

Y cayó de rodillas, besando las manos á los reyes.

Marchó el General á ver á la madre de Juan, y desde aquel día el músico español fué uno de los primeros artistas de la Corte de Inglaterra.

JUAN MANUEL DE CAPUA Y RIVERO.

VIOLETAS.

VERSOS POR EL DR. JOSÉ MARÍA CASILLAS.

[CONTINUA.]

LXII

A JESUS SACRAMENTADO.

¡Quién tuviera Señor, el fuego ardiente
Con que rendido el serafín te adora;
El suave murmurar de la corriente.
El suspiro del aura arrulladora,
El gemido de tórtola inocente,
Y el melífluo trinar de ave cariñosa,
Para expresar la admiración intensa
Que siento al ver tu caridad inmensa!

Yo sé que tu munífica ternura
Hizo brotar del caos en lo profundo,
Rebosando de vida y galanura,
Anchuroso y espléndido este mundo
Y que formaste con su azul altura
Y su suelo bellísimo y fecundo.
Un alcázar magnífico en que el hombre
Pudiera bendecir tu Santo Nombre.

Cuando la culpa deshojó las flores
Nacidas al calor de la inocencia,
Y miraste al mortal con sus dolores
Confundido á llorar en tu presencia
Dejaste la mansión de tus amores,
Y moviste del Padre la clemencia
Sufriendo tu pasión como un cordiero,
Y expirando ultrajado en un madero.

Mas no bastaba á tu cariño santo
Morir por tus ovejas descarriadas,
Y enjugar presuroso el triste llanto
Que vertieran vagando desbandadas;

Quisiste que endulzara su quebranto
El néctar de sus célicas moradas
Y les diste tu cuerpo en alimento,
De tu infinito amor dulce portento.

Tú, Señor, que á los bosques seculares
Prodigas región manto en Primavera,
Que dominas los vientos y los mares
Y sujetas el rayo en su carrera;
Tú que tienes querubes á millares

Que están de tus mandatos en espera,
¿Ocultas tu grandeza y poderío
Para venir amante al pecho mío?

Si quisiera tu aliento soberano
Despejar esas moles refulgentes
Que giran impulsadas por tu mano,
Si cambiaras su curso a los torrentes,
Y humillarás al hombre altivo y vano,
Y en polvo convirtieras los vivientes,
¿Quién pasmado tus órdenes vería
Si ejerces tu eternal supremacía?

Pero quedo asombrado si te miro
Oculto en un albergue miserable,
Y más y más tu caridad admiro
Cuando pienso que el hombre despreciable
No te busca y adora en tu retiro,
Y ofende tu paciencia inagotable,
Mientras Tú compasivo y silencioso
A tus brazos lo llamas amoroso.

Venid á mí, nos dices, soy la vida;
Yo soy el pan que descendí del cielo
Para sanar el alma arrepentida
Y llenar á los justos de consuelo;
Si mi sangre tomáis como bebida,
Y mi carne coméis en este suelo,
Pasaréis gratas horas de esperanza,
Seguidas de perenne bienandanza.

Y al oír tus palabras melodiosas
No corremos, Jesús, á tu regazo;
Y dejamos tus gracias deliciosas
Por el gozo falaz que en breve plazo
Trocará sus promesas engañosas
De la tirana culpa en fuerte lazo
¡Oh! infausta ceguedad de los mortales
¡Preferir á tu amor acerbos males!

Mas la perfidia cruel no te amedrenta,
Ni mengua de tu amor la viva llama,
Y su vigor sublime se acrecienta
Y en grande ardor tu corazón inflama,
Si una alma de tu sangre se sustenta,
Y férvida y humilde te proclama
Tesoro divinal de ricos dones,
Fuerza y vida de limpios corazones.

¿No es el hombre, Señor, la vil escoria?
¿No ha osado quebrantar tus mandamientos?
¿Por qué lo alzas del fango hasta la gloria,
Y calmas diligente sus lamentos?
Pecado y vanidad, esa es su historia;
¿Y así quieres sus pobres pensamientos,
Y olvidando sus culpas y su nada
Has hecho de tu seno tu morada?

Inefable es tu amor que se difunde
Llenando á sus criaturas de alegría
Y esparciendo la luz que nos infunde
De la virtud la eterna lozanía;
Si á veces al filósofo confunde,
Porque niega tus glorias á porfía,
Al esclavo infeliz que sufre y gime
Rompiendo sus cadenas lo redime.

¡Oh! claro manantial, Dios escondido,
Amor de los amores olvidado;
¿Hasta cuándo, Señor, podré rendido
Vivir sin apartarme de tu lado,
Y dejar este mundo fermentado,
Y morir á tus plantas abrazado!
Yo tengo de tu amor sed infinita,
¿Qué se haga en mi tu voluntad bendita!

LXIII

Público imbécil, decía
Desgreñándose furioso
Un escritor presuntuoso
A quien ninguno aplaudía;
Este drama es un portento,
Eternizarse merece;
Bribones hay más de trece
Y deshonradas un ciento.
—¿Y á eso confía, querido,
El éxito de su drama?
Merecería un epigrama
Que lo pusiera lucido.
—¿Pues qué más?—¿Y la moral?
—La moral. . . ¿curiosa idea!
Calle el tonto de la aldea,
Al progreso sienta mal.

(Continuará.)

La historia de una pulga buena Y DE UN REY MALO.

ERASE una vez un rey malo que hacía muy desgraciado á su pueblo. Todo el mundo lo detestaba; y las personas que él enviaba ó que mandaba matar, de buena gana le hubieran zurrado la badana. Pero ¿cómo hacerlo? El era más fuerte, era dueño, no tenía que dar cuenta de sus acciones á nadie, y cuando le decían que sus súbditos no estaban contentos, respondía: «A mi ¿qué se me da? Poco me importa.» Lo cual es una respuesta muy fea.

Como continuaba desempeñando su oficio de rey, y de día se volvía más malvado, una pulga que no valía gran cosa, se puso á reflexionar sobre el asunto; pues, eso sí, tenía un buen corazón. Las pulgas por lo regular, no son así; pero ésta había sido muy bien educada y no picaba á las personas sino con moderación, y solamente cuando tenía mucha hambre.

—¿Si yo pudiera corregir al rey y hacerle entrar en razón!—se decía la pulga.—Ello es peligroso, eso no importa. Probemos.

Llegada la noche, el perverso rey, después de haber hecho toda clase de cosas malas durante el día, se fué á dormir tranquilamente, cuando sintió una picadura semejante á un alfilerazo.

—¿Pica!—refunfuñó—y se volvió del otro lado.

—¿Pica, pica, pica!

—¿Quién me pica así?—preguntó el rey con voz terrible.

—Yo—responde una vocecita casi imperceptible.

—¿Tú; quién eres tú?

—Una pulguita que te quiere corregir.

—¿Una pulga! . . . Espérate, ahora verás.

Y el rey salta de su cama, levanta el cobertor, sacude las sábanas, todo lo cual era inútil, porque la buena de la pulga se había ocultado entre la espesa barba real.

—¡Ah! ya se ha ido—dijo el rey;—ahora podré dormir bien.

Pero apenas hubo reclinado la cabeza en el almohadon. . . .

—¿Pica!

—¿Cómo! ¿Qué! ¿Otra vez?

—Pica que pica.

—¿Te atreves á volver, abominable bicho? Reflexiona lo que estás haciendo. No eres mayor que un grano de arena, y te atreves á picar á uno de los reyes más poderoso de la tierra.

—¿Y á mí que se me da! ¿Poco me importa!—replicó la pulga remediando al rey.

—¿Ah, si te llego á coger!

—Lo creo; pero aún no lo has logrado.

El rey malo no pudo dormir aquella noche y se levantó al día siguiente de mal humor, dispuesto á matar á cualquiera.

Irritado resolvió acabar con su enemiga.

Dió orden para que se limpiara el palacio de arriba abajo, y especialmente su alcoba; su cama fué hecha y deshecha y vuelta á hacer por diez viejas, muy hábiles en el arte de cazar pulgas.

Pero no hallaron nada, porque la buena de la pulga se había ocultado bajo el cuello de la casaca del rey.

Por la noche el tirano, que no podía tenerse en pié, de sueño, se acostó dispuesto á dormir como un lirón.

Apénas había apagado la bujía, cuando sintió la pulga en el cuello.

—¿Pica! ¿Pica!

—Por vida de . . . ¿Qué es esto?

—Soy la pulga de ayer.

—¿Pero qué quieres bribona, insoportable pulga?

—Quiero que me obedezcas y que hagas feliz á tu pueblo.

—¿Aquí! ¡Vengan mis soldados, el capitán de mis guardias, mis ministros, mis generales! ¡Todo el mundo! ¡Todos ustedes!

Todo el mundo llegó. El rey estaba tan furioso que todos temblaron. Reprendió severamente á toda la servidumbre de palacio; dijo que iba á hacer azotar á las viejas que no habían dado con su pulga. Reinaba la mayor consternación. Durante todo aquel tiempo la pulga, bien tranquila, se mantenía escondida en el gorro de dormir del rey.

Se doblaron los guardias; se dieron leyes y decretos; expidieron edictos contra las pulgas; hubo procesiones y rogativas públicas para pedir al cielo que exterminara la pulga y concediera un sueño apacible al rey.

Todo fué inútil. El infortunado monarca no podía acostarse ni aun sobre la yerba, sin que le picase su obstinada enemiga; la pulga buena no le dejaba dormir un minuto, pica que pica.

Por la noche, el tirano que no podía tenerse en pié, de sueño, se acostó dispuesto á dormir como un lirón.

Apénas había apagado la bujía cuando sintió la pulga en el cuello.

—¿Pica! ¿Pica!

—Por vida de . . . ¿Qué es esto?

—Soy la pulga de ayer.

Sería largo contar los golpes y porrazos que el rey se dió para matar á la pulga; baste decir que estaba lleno de contusiones y cardenales. No podía dormir, iba de un lugar á otro como alma en pena, enflaquecía diariamente, y habría con seguridad muerto, si no hubiese resuelto obedecer á la pulga buena.

—Me rindo, —la dijo en una ocasión en que la pulga volvía á picarle de nuevo. Imploro tu clemencia: haré lo que quieras,

—Bueno, sólo á esa condicion podrás dormir.

—Gracias. ¿Qué debo hacer?

—Haz feliz á tu pueblo.

—No he aprendido eso; no sé cómo hacerlo.

—Nada más fácil: lo único que para ello tienes que hacer es marcharte de una vez para siempre.

—¿Llevándome mis tesoros?

—Sin llevarte nada.

—¿Pero cómo viviré si no tengo un ochavo?

—¿Y á mí que se me da? ¡poco me importa eso!

Pero la pulga, que no era mala, dejó, al fin, que el rey se llenara los bolsillos de dinero antes de partir.

Y el pueblo halló el modo de ser muy feliz.

ELEGIA.

[Escrita en inglés por Tomás Gray, y traducida libremente al castellano.]

La triste luz del moribundo día
Va perdiéndose ya trás la montaña,
Y con los bueyes que cansado guía
Vuelve el pobre pastor á su cabaña.

Sólo turba el silencio misterioso
De la esquila á lo léjos el sonido;
El viento que conmueve el bosque hojoso,
Y de insectos que vuelan el zumbido.

Y allá en la torre abandonada y vieja,
De la pálida luna al tibio rayo,
El lúgubre gemir de la corneja,
Que del sol mira el último desmayo,

De estos olmos al pié, bajo las flores
Que dan á la campiña su belleza,
Descansan de este pueblo los mayores
En sus quietos sepulcros sin grandeza.

Y duermen para siempre en dulce sueño,
Sin despertar como antes á la aurora:
Ni el canto de las aves halagüeno,
Ni la campana los inquieta ahora.

El manso fuego y la frugal comida
Prepara en el hogar la esposa en vano:
Ya no aguardan sus hijos su venida
Para besar su cariñosa mano.

¡Cuántas veces á su hoz la mies dorada
Cayó en el campo, y el ansiado fruto
Llevaron luego á la consorte amada
De su ardoroso afán como tributo!

¡Y cuántas otras en el bosque umbrío
La alta encina á sus golpes vino al suelo!
En su labor los encontró el estío
Y en su labor el inclemente hielo.

¡Por qué ve con sonriza desdeñosa
Las fatigas del pobre el opulento,
Si á su mísera vida trabajosa
Debe tener seguro su alimento?

El tiempo no respeta los blasones,
Ni el oro, ni el poder, ni la hermosura;
Bellas damas, magníficos varones,
Todos descenden á la huesa oscura.

¡Qué importa que del pobre en el santuario
Al morir la alabanza no resuene,
Y que del blando olor del incensario
Un túmulo encumbrado no se llene?

Esa tumba de mármol revestida,
Memoria del poder y la grandeza,
No vuelve al que murió la dulce vida,
Ni lo saca del polvo su riqueza.

De éstos que yacen en la tierra fría
Olvidados aquí, ¡cuántos sintieron
El noble impulso que á sus triunfos guía
Y al sepulcro sin nombre descendieron!

Tal vez la lira del cantor troyano
De nuevo hicieran escuchar al mundo;
O la espada de César en su mano
Llenara el orbe de estupor profunde!

Vivieron ignorados, y ha cubierto,
El olvido sus dichas y pesares;

Así vive la flor en el desierto
Y la perla en el fondo de los mares.

Mas si pasó cual humo su memoria
Y no brillan con ínclitas hazañas,
Tampoco de sus vicios con la historia
Manchan hoy el candor de las cabañas.

Léjos de orgullo y de ambicion, sus días
Vieron correr en deliciosa calma;
Y en inocentes juegos y alegrías
Gozaron siempre de la paz del alma.

Esa humilde inscripcion al pasajero
Que contempla este pálido retiro,
Sólo pide con modo lastimero
Un recuerdo para ellos y un suspiro.

Yo que al ver sus sepulcros he mojado
La tierra con mi llanto doloroso,
Bajo el musgo y las flores de este prado
Tambien encontraré dulce reposo.

Y anciano mayoral acaso un día
Con rústico ademan y voz pausada,
Así referirá la historia mía
Al que fije en mi huesa su mirada:

“Mil veces yo le ví cuando en oriente
El sol empieza á derramar su lumbre,
Subir del monte á la elevada cumbre
Con grave paso y abatida frente.

Y sentábase allí bajo la encina,
Apoyando en sus manos la cabeza,
Que tal vez aliviaba su tristeza
Viendo correr la fuente cristalina.

Y mil veces del bosque en la espesura,
Por la tarde le oía dar al viento
Tierna cancion con amoroso acento
Mientras bajaba la tiniebla oscura.

Y una tarde pasó y una mañana
Y otra y otra tambien sin que pudiera
Hallarle en mi camino, porque era
Vano mi afán y mi esperanza vana.

En su pobre sepulcro ya dormía
Libre al fin de su pena congojosa;
Y en el sitio que veis, sobre su loza
Este sentido verso se leía:

EPITAFIO.

De infortunado jóven los despojos
Yacen aquí sin el mundano brillo;
Dió á la amistad su corazón sencillo,
Dió á la pobreza el llanto de sus ojos.
Escudriñar no quieras de su vida
La historia peserosa y escondida.
De juez incorruptible en la balanza
Las virtudes se pesan y los vicios;
Y del Señor los insondables juicios
Jamás el hombre á penetrar alcanza.

MANUEL PEREZ SALAZAR.

LA GRAN ARMA.

Mira á Pedro que, solo, armado de una
cruz de madera, se acerca á una ciudad habi-
tada por un pueblo envejecido en la corrup-
cion.

—¿A dónde vas, Pedro?

—A Roma.

—¿A qué?

—A subyugar los reyes del mundo, des-
truir los ídolos y sus altares, derribar el Ca-
pitolio, y, á pesar de su soberbia, hacerles
prosternarse al pié de la cruz.

—¡Grande esperanza! Y para salir con
ella, ¿dónde están tus recursos, los soldados,
las armas?

—No los tengo: con esas armas yo no
vencería; sólo con mi cruz de madera venceré.

—¿Y no es temeridad? ¿No es locura?

—Lo que sé es que el cielo responde del
resultado.

San Juan Crisóstomo.

ROCIO DEL CIELO.

Baña el rocío en la estival aurora
El cáliz de la flor;
Mas ella nunca sabe quien le envía
Consuelo y salvacion.
Cuando el llanto que brota de mis ojos

Alivia mi dolor,
Cual rocío del alma, le bendigo.
¡Sé que viene de Dios!

(Eduardo S. de Castilla.)

ORACION DE HOMBRE PUBLICO.

Si no vencer, si no luchar, me obliga
Por la fé y el honor; si hay un Dios bueno
Que enmendar sabe el éxito terreno
Cuando, Supremo Juez, premia y castiga.

Adelante! no temo la enemiga
Saña, aleve puñal, sutil veneno:
Con pecho firme y ánimo sereno
Dispuesto estoy á la mortal fatiga.

Sólo el contagio de pasion temo;
Temo la justa indignacion que inspira
De pérfido enemigo la asechanza.
Oh Dios! A los asaltos de la ira
Cierra mi corazón, y en lance extremo
Prefiera yo el martirio á la venganza.

M. A. Caro.

El conocimiento de Jesucristo, es decir,
de su persona, de sus perfecciones, de su amor,
de sus beneficios, es la causa y el origen de la
vida eterna.—(San Cirilo.)

¡HASTA MAÑANA!

Nos dijimos apénas, ¡hasta mañana!
Estrechaste mi mano. De tu ventana,
Me apartaba callado, triste y sombrío;
En el fondo del alma llevaba el frío
De ese mal de que nunca, nunca se sana.

¡Quién pudiera quedarse junto á tu reja
Como queda la fresca rosa bermeja
Que el alféizar adorna de tu ventana,
Para nunca decirnos ¡hasta mañana!

Para darte en perfumes mi ardiente queja.
¡Quién pudiera, besando tu celosía;
Aguardar que viniera la luz del día,
Como aquel tu zenzontle que canta diana,
Porque nunca le dices ¡hasta mañana!

Porque bebe en tus ojos luz y alegría.
¡Quién pudiera en tu alcoba velar tu sueño
Siendo siempre tu esclavo, y al par tu dueño;
Y pues somos dos almas que amor hermana
Nunca, nunca decirnos ¡hasta mañana!

Y pasarnos la vida como un ensueño.
Mas... si debo marcharme de tu ventana
Con el mal de la ausencia que nunca sana,
Haz que escuche muy suave, muy cariñosa
La promesa bendita, que temblorosa
Me haces todas las noches: ¡hasta mañana!

CASTA.

No rugen tempestades en mi cielo,
Pues la pasion en que mi sér se agita
No es, llena de esperanza y de consuelo,
El amor de Desdémona y de Otelo,
Si no el amor de Fausto y Margarita.

Cubre el pudor mis cándidos amores,
Y si á mi diosa pálida contemplo,
Siento al mirar sus ojos seductores
Lo que el creyente al deshojar sus flores
Sobre los blancos mármoles del templo.

Mi existencia es tranquila y soy dichoso;
Nuestra feliz union esta bendita;
En el risueño hogar todo es reposo....
No ríe Mefistófeles gozoso
Cuando se abrazan Fausto y Margarita.

EL CRISTO DE MI IGLESIA.

Sobre el altar de la capilla oscura
Que á la tristeza el ánimo convierte,
Imágen del dolor, mírase inerte
De un Cristo agonizante la escultura.

Tiene la melancólica figura
La severa expresion de aquella muerte,
Que ver no puede el corazón más fuerte
Sin rendirse á su propia desventura.

¡Cuántas veces, herido en el combate,
Sintiendo de la pena el acicate,
Besé sus plantas con filial cariño;
Mientras llenos de lágrimas mis ojos,
Rezaba una oracion, puesto de hinojos,
Con los amores y la fé de un niño.